



**CRÓNICA
DE
CÓRDOBA
Y
SUS
PUEBLOS
IV**

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA**

Córdoba, 1997

CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS IV

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA**

Córdoba, 1995

Imprime:

Imprenta Provincial
Avda. del Mediterráneo, s/n.
14011-CORDOBA

I.S.B.N.:

84-8154-996-7

Depósito Legal:

CO-1.151-1996

FUENTE OBEJUNA: LOS NOMBRES DE LA HISTORIA

Manuel GAHETE JURADO

Irguiéndose sobre la intangible luz de la memoria y el contraste de sueño y realidades que toda leyenda infunde a su materia de niebla y humo, Fuente Obejuna expresa su voluntad ardida de crecer y renovarse, de vibrar y vivir, conociéndose deudora y depositaria de una herencia de siglos que aún sigue animando como savia de fuego la piel, el corazón, la palabra y las obras de hombres y mujeres de esta tierra.

A mediados del siglo XV (1468 ó 1469), y después de las variables y vicisitudes políticas que determinaron por muchos años la eventualidad de posesiones y libertades de los pueblos de España, entra en Fuente Obejuna el comendador mayor de la Orden de Calatrava, Fernán Gómez de Guzmán, cuya historia personal parece haber atravesado alteraciones de muy diverso signo.

Comendador.— ¿Sabe el maestre que estoy en la villa?

Flores.— Ya lo sabe.

Ortuño.— Está, con la edad, más grave.

Comendador.— ¿Y sabe también que soy Fernán Gómez de Guzmán?

Flores.— Es muchacho, no te asombre.

Comendador.— Cuando no sepa mi nombre, ¿no le sobra el que me dan de comendador mayor?

No era Fernán Gómez ya el tierno y afable joven, a imagen de ciertas crónicas. En Lope de Vega, el comendador de la Orden de Calatrava es un indolente brutal, un déspota egoísta, un engreído sayón. El Fénix de los Ingenios inmortalizó la gesta mellariense y culminó una trayectoria iniciada desde la inocencia a la tiranía la madrugada del 22 al 23 de abril de 1476, prestando a la historia de Fuente Obejuna los primeros grandes nombres, ya fueran legendarios, ya seres ofrecidos a la vida y la muerte.

La realidad y la ficción conectan en su diverso carácter para componer uno de los dramas más intensos y sobrecogedores de toda nuestra historia literaria. Mas, como de ser así, mis palabras nunca pudieran hacer palidecer la belleza de la obra literaria y de su significado, sí intentaré –sobre el papel en blanco– trazar una línea imaginaria entre un pasado próximo y un presente que avanza irrefrenable hacia el siempre futuro.

Una mujer, Laurencia, inicia con sello de oro la andadura de la palabra escrita. No es una mujer corriente la que levanta chuzos y lanzones y así armada invade el recinto fuerte del comendador de Calatrava, tras haber imprecado con voces de textura zahiriente a los hombres y de singular coraje a las mujeres. Bien podría ser émula de las mujeres fuertes de la Biblia –Judith, Esther–, de las heroínas mitológicas –Antígona, Medea–, de las desoladas amantes –Julietta o Laureola–.

Es muy probable que, de haber sido un personaje de carne y hueso, fuera conocida en su madurez por un joven artista, natural y vecino de Fuente Obejuna, llamado Antón Pérez, hijo de otro pintor Gonzalo Vázquez que quizás contemplara muy niño la renombrada revuelta.

Obviando, porque no es el motivo de este escrito, los hasta ahora irresolubles problemas de identidad que asocian al joven Antón con el enigmático Maestro de Fuente Obejuna o por el contrario los convierten en distintos protagonistas quizás de una misma historia, existen datos documentales que prueban que, en 1527, entró de aprendiz en la escuela-taller de Pedro Fernández, pintor mediocre de la ciudad de Córdoba, coetáneo de otro artista grande del mismo nombre y posterior al también famoso Pedro Fernández, hijo de Juan de Córdoba.

Siguiendo las referencias que el estudioso Valverde Madrid señala sobre el joven pintor mellariense, es incuestionable que Antón Pérez asimiló con gran talento las directrices de la nueva corriente pictórica renacentista, de tardía implantación en nuestro suelo patrio, conjugando la talla con la pintura y el noble artesanado de la carpintería con la preparación manual de los colores.

El gran retablo del Sagrario para la Iglesia de Fuente Obejuna debió ser, sin duda, la más agradable encomienda que el pintor tuviera en los días de su vida, siendo mucha la demanda y la difusión que su obra estaba alcanzando, como demuestra su retablo en Segura de León, el altar mayor del Monasterio Sancti Spíritus de Ceuta, el formidable retablo de la Iglesia de Santiago de Jerez y, sobre todo, el retablo del altar mayor de la catedral sevillana, cuya terminación (1564) tuvo que alternar con el retablo de la Capilla del Sagrario de Fuente Obejuna y el retablo de la Iglesia de San Juan de la Palma.

Otros muchos retablos y cruces jalonan la obra de este extraordinario pintor renacentista que conquistó Sevilla, cuando era ciudad deseada por los más prestigiosos pintores de España e incluso de Europa. En 1541, seis años más tarde de llegar a la ciudad que lo consideraría la figura más eminente de

la primera mitad del siglo XVI, casa con Isabel Ortiz, con la que tendrá tres hijos, Clemente, Gonzalo y Miguel, artistas y colaboradores de su padre. El don de la generosidad va a ser nota dominante de su carácter, salvando de la ruina y siendo fiador de deudas de muchos artistas de su época.

Debió ser emocionante para él y para el pueblo mellariense el día de la consagración del Sagrario, a la que acudió el Obispo de Toledo, sobrino del Duque de Alba. Un hijo de Fuente Obejuna dejaba en su tierra natal el fruto de una obra reconocida ya en muchos otros lugares de España. Nos dejaba también en el retablo, en la escena que representa la Purificación de María, su imagen caballeresca y veneciana, el mentón prominente de su rostro añinado y el aire jovial de un hombre del Renacimiento enfrentándose noble a la historia del Arte.

En aquel tiempo también dejaron la impronta de su huella en fuente Obejuna el pintor Bartolomé Ruiz y el escultor Guillermo de Orta, de cuya muerte, en 1993, se cumplió el cuatrocientos aniversario.

Bartolomé Ruiz nació en Córdoba a finales del siglo XV, hijo de un buen pintor cordobés del mismo nombre, empapándose por su carácter bohemio, que le costó la herencia de su madre, del ambiente de arte y poesía que imperaba entonces en la ciudad de los Califas. Debió ser mucho el prestigio que gozara, o mucho el fervor de sus amigos por las posibles carencias, que en el documento se expresa la voluntad directa de que fuera él y no otro el encargado de realizar una tercera parte del Retablo del Sagrario de Fuente Obejuna, condición impuesta en el contrato donde también participaba –como hemos señalado– el pintor Antón Pérez. Cincuenta mil maravedíes cobró el pintor por el banco de la obra, la parte baja del retablo que hoy conocemos, si bien es cierto que algunos autores –Diego Angulo Iníiguez y Chandler R. Post– no reconocen diferentes manos en la ejecución de estas pinturas y generalizan llamando a este único hipotético artífice Maestro de Fuente Obejuna.

Cincuenta ducados, al menos, debió cobrar el entallador Guillermo de Orta por la ejecución de los siete sagrarios de madera de sendas iglesias pertenecientes a siete de los cortijos de Fuente Obejuna que pintó Baltasar del Águila, según consta en los oficios 4 y 22 del Registro Documental de don José de la Torre, dados a 22 de abril de 1580 y 23 de noviembre de 1583 respectivamente, por lo que este último, pintor de imaginiería, cobró 100 ducados.

En dichos libramientos intervino como pagador u otorgador en este orden el doctor Juan de Escobar, presbítero, vicario y obrero de la Iglesia de Fuente Obejuna en estos años. No existen muchas noticias sobre la vida de Guillermo de Orta, personaje misterioso de posible procedencia flamenca, que debió vivir durante mucho tiempo en Montilla, según constata Enrique Garramiola Prieto por las constantes referencias que de él aparecen en los documentos inéditos de la historia renacentista montillana. Su producción podría datarse

entre los años 1565 y 1584. Además de los siete retablos de las iglesias en las aldeas de Fuente Obejuna que mandó edificar el padre Esteban Centenares, virtuoso varón discípulo del Maestro Juan de Ávila, Orta inició la obra del altar mayor de la parroquia de Bujalance, concertada en 1573 y abandonada posteriormente por el escultor al haber surgido problemas irresolubles. En 1587 retoma la obra el escultor cordobés vecindado en Sevilla, Andrés de Castillejo. Quizás la gran obra de Orta fuera el Templete del Sagrario de la Catedral de Córdoba, donde además intervienen Juan de Ochoa y el pintor César Arbasia. En este trabajo se aprecia la predilección de los cordobeses por los artistas extranjeros llegados a la ciudad. Orta, a través de un lenguaje ornamental sobrecargado de símbolos eucarísticos enlazados con vegetación, cartelas ovales enmarcadas por cueros retorcidos y querubes, nos descubre su conocimiento del arte italiano, tanto cuatrocentista como manierista mezclados de manera arbitraria y que permiten reconocer incluso por su profusión el incipiente gusto barroco.

Un salto en la historia de trescientos siglos nos remontará hasta la Fuente Obejuna de 1892, donde un 28 de septiembre nacía el pintor José González Pérez, hijo del médico cordobés Luis González y Micaela Pérez, natural de Fuente Obejuna. Siguiendo las notas históricas apuntadas por José Moruno, el joven pintor repartirá su infancia entre Córdoba y Fuente Obejuna, alternando sus estudios con el dibujo para el que mostraba, sin preparación técnica específica, una especial disposición. Parece decisiva la influencia del párroco de Fuente Obejuna, también pintor muy preocupado por la restauración y reubicación de las pinturas de la Iglesia, don Francisco del Pino, para la vocación y preparación inicial del joven que habría de darnos muestras más tarde de un talento claro, advertido ya por el gran maestro Mariano Benlliure de quien era conocido su padre y velado también por la falta de decisión de éste. Ni Roma ni Madrid, que le hubieran abierto las puertas a poderosos mundos creativos, tienen ocasión de verlo crecer como el pintor que era, y la muerte de su madre acaba con toda esperanza de salir del entorno de su nacimiento, donde fue componiendo su obra casi en el anonimato, sin que nunca nadie le diera un buen motivo para firmarla, para sentirse a gusto y orgulloso de ella. El retrato de San Sebastián y el estandarte de Nuestro Padre Jesús Nazareno son, por su particular ubicación y significado, los trabajos más conocidos del artista que el 3 de febrero de 1965 dejaba inacabado su autorretrato último.

Entre todos los mellarienses que hoy tienen una presencia importante en la sociedad cordobesa, y por extensión andaluza y española, he de destacar por merecimiento personal y reconocimiento ecuménico la figura de un hombre que ha sabido conjugar la difícil dicotomía de la vida del cuerpo y del espíritu. Miguel Castillejo Gorráiz nació en Fuente Obejuna el 19 de septiembre de 1929. Su padre era agricultor y ganadero. Su madre, una mujer religiosa que santificó el hogar donde viviera el joven Miguel y sus hermanas desde la

infancia. Sería prolijo, pero perentorio, analizar en breves páginas la vida y la obra de un hombre complejo, emulando en este periplo de perfección las virtudes de otro hijo de Fuente Obejuna, fray Alonso Muñoz, muerto en olor de santidad en 1578, y al que todos llamaban santo. Sin menoscabo de este recogimiento interior exigido por sus múltiples ocupaciones y su incesante gestión social y económica, Castillejo Gorráiz se erige como pilar básico en la geografía cultural de Córdoba. Su imagen sobria, elocuente, virtualmente enmarcada en la aureola de los hombre con carisma, es la mejor carta de presentación de un hombre que el 28 de junio de 1953 era ordenado de presbítero en la diócesis de Córdoba, después de haber realizado sus estudios sacerdotales en el cordobés Seminario Conciliar de San Pelagio.

Este mismo año es enviado como párroco a Hornachuelos y San Calixto. Un año más tarde es nombrado párroco y Arcipreste de Fuente Obejuna, su pueblo natal, donde se dedica a una intensísima labor social, espiritual, cultural y humana hasta 1960, año en que es trasladado a la Iglesia de Santa Bárbara de Peñarroya-Pueblonuevo, para cinco años después ser designado párroco del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba y Prior por elección de todos los párrocos de la ciudad hasta 1974. Un año antes es investido con la dignidad de Penitenciario del Excmo. Cabildo de la Catedral de Córdoba, investidura que lleva inherente la cualidad de miembro nato del Patronato de Fundación del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, siendo nombrado Presidente de la Obra Cultural de dicha entidad. El 31 de enero de 1976 es nombrado Presidente de la Junta de Gobierno, y, al año siguiente, el 30 de marzo, Presidente del Consejo de Administración.

Este recorrido ha sido fruto de un incesante trabajo y de una dedicación sin límites. Si muchos han tenido la ocasión sólo él ha sido merecedor, por su capacidad y entereza, de tantas responsabilidades y tantos compromisos. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Pontificia de Salamanca (1973), Licenciado en Ciencias Políticas y Económicas y Doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid (1977), su actividad docente se desarrolla a través de veinte intensos años de dedicación y vocación, compartidos por el estudio, la investigación y una extensa bibliografía de carácter interdisciplinar que merece un profundo y esclarecedor análisis.

Entre la densidad y número de sus méritos, homenajes y reconocimientos será el de Hijo Predilecto de Fuente Obejuna el que más satisfacción afectiva y emocional le haya proporcionado una vida entera dedicada al servicio de los seres humanos. Y la palabra escrita, probablemente, no se ajuste en medida suficiente a obra tan formidable.

Es evidente que la historia de los pueblos se cimenta en la actuación de sus hombres y mujeres más idiosincráticos, más representativos, en la memoria que ellos van dejando. Es procelosa y ardua la tarea de exégesis que delimita el valor y las influencias de unos sobre otros. A veces esta justicia comparativa se basa en análisis semejantes que no reflejan la diversidad. Los nombres que

he citado –y faltan muchos en esta síntesis temporal que no pretende ser más que un trazado– responden a momentos muy distantes cuya intención no es otra que la de esbozar parcial y orientativamente las posibilidades reales y hermenéuticas que puedan ir gradual y profusamente mostrando la complejidad de un pueblo: Fuente Obejuna hoy, signo de fuerza, de esfuerzo, de hombres que esgrimen con igual maestría la espada y la palabra.





Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Excma. Diputación
Provincial de Córdoba